

Palos, piedras y mangos



Es cierto que ahora mismo hace mucho calor en Sudán del Sur pero esta es la temporada de los mangos y la gente se llena de energía para comer enormes cantidades de esta fruta. Incluso una de las hermanas en nuestra comunidad “confesó” haberse comido veinte mangos hoy. Parece que todos los niños que vemos tienen un mango en la boca –y un palo en la mano para tirar a algún árbol generoso.

Me he sorprendido a mí mismo pensando la bendición que suponen los mangos, pero quizás no sea una bendición ser un árbol que da mangos. Muchos árboles pierden las ramas, sobrecargados por el peso de los mangos. Más chicos terminan en el hospital en esta época del año que en ninguna otra al caerse de las ramas que se parten por el peso de los que trepan en busca de la succulenta fruta. A veces se habla de la manzana como la fruta prohibida en el jardín del Edén. ¡Es poco probable teniendo en cuenta el clima cálido de Oriente Medio! Yo creo que sería un mango. Los mangos, por supuesto, no son realmente una fruta prohibida sino un manjar succulento y delicioso.

El mango es un árbol providente que ofrece sombra y, cuando es época, alimento. Sin embargo, no se le premia con paz y tranquilidad, sino lanzándole palos, piedras y mangos verdes para intentar que caigan los mangos maduros. El mango da generosamente pero se le premia con ataques y abusos.

Quizás el mango no sea consciente de los misiles que se le tiran para soltar los deseados mangos. Los árboles no sienten. A su debido tiempo, el árbol dejará caer todos sus mangos. No hay necesidad del ataque con palos y piedras al que se le somete ni de utilizar largas varas para golpear la fruta. La única razón para el ataque es llegar el primero a la fruta, para asegurarte de que yo, nosotros, conseguimos mucha -¡y mala suerte para el resto! Esto me hace pensar en el trato injusto.

En un acto de injusticia total, Jesús fue alzado en el árbol de la cruz, escupido y escarnecido –igual que algunos abusan de los bellos mangos cargados de fruta que nos dan sombra. Es una trivialidad comparar la muerte de Jesús con el lanzamiento de palos y piedras a un mango. Pero sí merece la pena recordar el aprecio que hacemos a lo que valoramos. Nosotros tenemos muchos árboles y damos muchos mangos a otros. Nosotros no somos los cultivadores sino los beneficiarios de los sabios misioneros de otros tiempos que plantaron los mangos. Nos mantenemos sobre sus hombros –o debería decir mejor, crecemos ahora sobre sus fuertes raíces y ramas.

No hace mucho que los mangos no me importaban en absoluto. ¡Incluso ahora me falta la habilidad de comerme uno sin sentir que necesito un baño nada más terminar! Sin embargo, los mangos han sido un hermoso descubrimiento para mí. Alguien describió una vez la hierba como una planta cuyas virtudes aún no habían sido descubiertas. Yo he descubierto un montón de cosas sobre los mangos en Sudán del Sur, ¡y un montón sobre mí! Como los mangos, la mayor parte de lo que tengo es un regalo. Mi buena salud es un regalo. El “dolor” de vivir en una tierra tan lejana del hogar no es por una renuncia personal sino más bien por las muertes inesperadas de aquellos buenos amigos y hermanos que se han ido mientras estaba aquí. He comenzado a darme cuenta de que merece siempre la pena decir con calidad lo que pensamos que será un adiós temporal porque podría convertirse en una despedida permanente.

La persona más sana e integrada que jamás ha vivido fue Jesús. Él hizo frente a mucho más que piedras y palos. Deberíamos considerar este misterio de nuevo ahora que hemos vivido la Semana Santa. El mango también me ha recordado que no importa mucho lo que la gente nos lance si nosotros somos portadores de buen fruto. Sudán del Sur es todavía una nación llena de fe. La gente vive con simplicidad y con un aprecio sano de los dones como los mangos. Si tuvieran supermercados modernos y una oferta inconmensurable de productos para comprar, supongo que la temporada de mangos no sería un atractivo como el que es ahora.

Quizás ocurra lo mismo con el mensaje cristiano. Se pierde en medio de una plétora de posibilidades hedonistas. Para mí, la Semana Santa y el mango tienen algo en común. Los dos me recuerdan que debo revisar lo que realmente valoro. La Pascua es un tiempo para compartir y apreciar. Es un tiempo para dejar de lanzar palos y piedras y comenzar a dar buen fruto. ¡Ojalá la Pascua os traiga muchas bendiciones –y un mango o dos si tenéis suerte!

Hno. Bill Firman. Traducción: Paula Merelo Romojaro

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/palos-piedras-y-mangos